

LUNA DE LOBOS

Antonio Patillas

Era la noticia que abría todos los informativos y todos los telediarios. Cada hora, invariablemente, la repetían. Aquella noche se produciría un fenómeno muy poco inusual. Era lo que los astrólogos denominaban luna de sangre. Tenía que ver aquel portento. No tenía mejor cosa que hacer y el firmamento estaba despejado. Ni una nube amenazaba el horizonte.

Entre dos luces Isidro tomó su cacha. Se echó por los hombros una chaqueta ligera y bajo el brazo se colocó una calabaza llena de vino. Su mujer le increpó al verlo salir: “¿A dónde vas con esos atropos? Y ten cuidado con el vino que te vas a convertir en un borracho”. Agachó la cabeza, como tantas otras veces, y continuó como si no hubiera escuchado la perorata.

Le gustaba aquel vino ligero, clarete, de poca graduación. Lo hacía él y eso lo convertía, para su gusto, en el mejor del mundo. Además, el majuelo que producía las uvas, un zarrampial, había sido plantado por su bisabuelo y ni la filoxera había sido capaz de destruirlo.

El sol caía por el horizonte cuando atrochó en dirección al cortino. Retiró el barcao de zarzas y abrió el portillo. Se dirigió a una piedra plana y grande que le servía tanto de banco como de mesa. Abrió la calabaza y tomó una pinta de vino. Se limpió los restos con el puño de la camisa.

Se sentó y dirigió la mirada por donde sabía que aparecería la luna, por el este. Contempló, por enésima vez, la pared de piedra que le había acompañado toda su vida. Le volvió a resultar asombrosa aquella construcción iniciada miles de años atrás y que las generaciones pasadas habían ampliado con la delimitación de más y más cortinas.

Pocas eran las fincas que no estaban cercadas por aquellos pequeños muros de piedra. Tal vez, pensó, hayamos llegado al máximo esplendor y a partir de ahora se inicie el declive. En caso de que esto sucediera, sería una gran pérdida para el pueblo y las generaciones venideras se quedarían sin herencia, reflexionó.

Al principio se mostró tímida. Iluminó turbada una áurea de color rojizo y sus débiles rayos se posaron como el rocío sobre los kilómetros de paredes pétreas. Desde su cortino podía divisar gran cantidad de minifundios de sus vecinos. Nunca en su vida, y ya caminaba para los ochenta, había experimentado aquella sensación. Las piedras que componían las paredes, con sus fincones, arrimaderos, pergones, cajones y coberturas, tenían una luz especial. Aquella luna convertía en singular el duro granito. Se le antojó como si fuera un inmenso castillo inexpugnable, cuyas habitaciones cada vez eran más grandes para acoger a los pocos, poquitos habitantes que aún permanecían anclados a aquella tierra.

Hacía calor para la época del año en la que estaba. La chaqueta se le cayó de los hombros cuando se incorporó para otear el horizonte. Le pareció escuchar, a lo lejos, el aullido

de un lobo. Cayó en la cuenta de que lunas como la de aquella noche ya las había presenciado otras veces en su vida. Era lo que sus ancestros llamaban luna de lobos.

El recuerdo le llevó a su infancia, cuando el pueblo bullía de gente. Las familias eran extensas. En cada casa no había menos de cinco o seis niños, con lo cual las dos escuelas, masculina y femenina, superaban con creces la capacidad del local. En aquel entonces no se hablaba de ratios, solo de saber o no saber las cuatro reglas básicas.

En las noches de invierno, cuando el frío era más crudo, todos se reunían alrededor de la lumbre. Era entonces cuando los mayores aprovechaban para contar historias de lobos que asustaban a los más pequeños. Aún retenía en su memoria muchas de aquellas fábulas y del miedo que le infundían. Lamentó que nunca hubiera podido contárselas a los dos únicos nietos que tenía porque los veía en contadas ocasiones. Sus hijos, como los de tantos otros, salieron un día a estudiar y ya nunca volvieron al pueblo, salvo a pasar alguna semana en fechas señaladas.

El ulular de una lechuza le devolvió al presente. Anochece. Miró por encima de la tapia rocosa y la luz del satélite se filtró entre las ramas de una encina recién olivada. Junto al árbol se secaban las ramas que hacía días su sobrino, uno de los pocos que había decidido quedarse en el pueblo, había caído. Tendrían que apañar la leña no tardando. En aquellos momentos era cuando echaba de menos a sus hijos. Sus vidas transcurrían lejos del pueblo. Uno guardia civil en la capital y el otro mecánico en la ciudad. Ninguno de los dos quiso saber nada de las raíces familiares: la agricultura de subsistencia y un poco de ganadería.

Los tiempos han cambiado, decían todos, pero él procuraba mantener vivas las tradiciones que siempre había visto y conocido. Es por ello por lo que en su fuero interno dos cuestiones le remordían la conciencia.

Quería que el progreso llegara a su municipio, a su vida, a sus cortinos, pero también anhelaba que aquel mar de diques de contención del aire, aquellas piedras milenarias siguieran atando al hombre a la naturaleza, a la vida, a los recuerdos...

Siempre había visto aquellos muros graníticos. Conocía sus guijarros y la armoniosa estructura de cada uno de ellos. Sabía de los sudores y de los esforzados trabajos para construirlos. Habían supuesto una lucha incruenta pero extenuante del hombre contra la tierra. Representaban la denodada decisión humana por convertir el erial en paraíso.

Todo aquello, los cientos de kilómetros de tapias, tal vez fuera la última vez que los pudiera ver. Los estrechos caminos que llevaban hasta los diferentes pagos del término municipal se habían llenado de polvo como nunca. Se pegaba a la garganta. El intenso olor a gasoil y a aceite quemada se adhería a la nariz y adulteraba el delicado perfume de la retama y el tomillo en flor.

Habían llegado en tropel. Era como un desembarco de conquistadores en una tierra virgen que a duras penas había pasado del arado romano o de la hoz y la guadaña, aunque últimamente alguno ya presumía con su "pascualín". Miles de caballos de vapor estaban apostados en los estrechos cruces de caminos para iniciar su trabajo así que dieran la señal de salida.

Se había opuesto a aquella masacre con todas sus fuerzas. Al final tuvo que claudicar. Aceptó la decisión de la mayoría. Y entre esa mayoría estaban sus hijos, a los que calificaba de “señoritos de ciudad” porque eran incapaces de distinguir la vaina de un guisante de una judía y porque lo más cerca que habían estado jamás de un huerto era en la sección de verduras de los supermercados.

Pensaban que si las parcelas eran más grandes la modernidad llegaría al pueblo y la productividad se multiplicaría por dos, por tres, por cuatro... Opinaban que si desaparecían las barreras la renovación vendría sola. Querían la regeneración generacional, pero ellos estaban lejos de la tierra en la que habían nacido. La falta de oportunidades los había empujado a marcharse y el regreso era ya prácticamente imposible.

El mundo que conocía Isidro tenía, como los productos sofisticados que se venden como frescos, fecha de caducidad y estaba muy próxima su extinción.

Llenó sus ojos y su cerebro con la imagen de aquellas milenarias piedras e hizo el firme propósito de retenerlas en su memoria durante todos los días que le quedaran de vida. Quería no olvidar jamás aquel mar de bloques pétreos alineados, colocados con delicadeza y que conformaban un conjunto armonioso y lleno de belleza.

Por primera vez se sintió cansado, abatido,... Tuvo la sensación, la que siempre había rechazado, de ser un viejo. Ya no tenía fuerzas para seguir luchando. Ni el vino ya le supo igual cuando tomó un segundo sorbo.

Las máquinas que habían llegado tenían la misión de ejecutar la concentración parcelaria. El paisaje que conocía como las palmas de sus manos cambiaría radicalmente. Desaparecería para siempre. Las señas de identidad de su pueblo se descompondrían como rebaño atacado por el lobo. Les cambiarían las tierras buenas por pizarrales donde ni las patatas engordaban. Aquellas largas murallas pasarían a engrosar la memoria colectiva. Aquella vista solo podría ser contemplada en las miles de fotos que cada año los visitantes captaban con sus móviles.

Sus ojos miraron lo que su imaginación quería que observara y sus ojos se anegaron cuando levantó la mirada hacia al astro. Realmente era una noche de lobos. Tal vez de perros, porque había comenzado el principio del fin de su mundo.

Todo hubiera sido distinto, para seguir igual, si la Unesco hubiera tenido en cuenta la petición para que aquellas construcciones en piedra seca fueran declaradas Patrimonio de la Humanidad, se lamentó Isidro. Pero solo fue eso, una lamentación, como el aullar de los animales a la luna.